

novelas; María y Mundeta tomaron cada una su bórdado, y se sentaron cerca del balcón.

—¡Ay, qué afán de coser como labriegas!—exclamó Elvira.—¿Para qué hacen falta esas labores? En mi casa no han de entrar ni agujas de coser, ni hilos, ni estambres.

—Si yo me llegase á casar, lo primero que compraría sería un neceser de costura—dijo María.

—¡Si usted se llegase á casar! ¿No piensa usted hacerlo, querida María?—preguntó Mundeta.

—No—respondió la joven en voz baja y ruborizándose.

—¡No! Hasta el día en que le diga algo nuestro primo Alberto—repuso Elvira con ironía.—Sí, sí; no me mires de ese modo: Alberto, á quien amas desde niña como si fueras una aldeana. ¿No te valía más hacer caso al Marqués del Prado, tan elegante, tan buen mozo y que tanto te quería?

—No podía quererle yo, hermana mía; y lo hubiera deseado, porque así hubiera dado gusto á mamá, que tal predilección tiene por él.

—¡Como que es riquísimo y espera serlo más!

—Sin embargo, á mis ojos la riqueza no constituye la felicidad.

—¡Pero, mujer, si Alberto ha dado más escándalos en París estos seis años! ¡Todos los que han venido de allá lo han dicho!

—No digo yo lo contrario, ni excuso á nuestro

primo, ni le elogio; sólo digo que, por ahora, no pienso en casarme.

Reinó el silencio tras estas palabras. Elvira volvió á su lectura, y el aya y María se ocuparon de nuevo en su labor, fijando al parecer en ella toda su atención.

IV

LA CONFERENCIA

Aquella misma tarde la joven aya envió un billete á la señora de Miranda, por medio de Juana, rogándole que le concediese algunos instantes de conversación.

Gertrudis mandó que le dijese que la esperaba después de su comida, y antes de la hora en que solía recibir á sus hijas.

En consecuencia, Mundeta espío el instante en que acababan de servirla, y á eso de las cuatro de la tarde entró en la habitación de Gertrudis.

Estaba ésta sentada, con aire humilde y beato, en una silla de anea, sin hacer caso de los magníficos y blandos sillones que había diseminados por la estancia, y persuadida de que así ganaba mucho para con Dios.

Ya no había nada en ella de aquella hermosa, esbelta y delicada Gertrudis que hemos conocido cuando lloraba y se quejaba de los nervios para conseguir sus caprichos. Ahora todo era en ella

huraño, triste, casi feroz; su frialdad natural se había vuelto helado egoísmo. Exceptuando la soledad ó la compañía de doña Dámasa, todo le era molesto é insoportable, y vivía en su casa y al lado de sus hijas lo mismo que una monja arisca y regañona que no tuviese familia ni lazo alguno en la tierra.

Sus hijos permanecían en París; el uno era pintor, y el otro un brillante abogado, honor del foro francés. Pero sabiendo los dos que su padre no trataba de volver á España, y conociendo el carácter de su madre, ninguno de ellos había querido venir á Madrid y dejar París, donde tenían sus amistades desde la infancia y sus amores de jóvenes alegres y elegantes.

Gertrudis apenas se acordaba de ellos; antes de hacerse santurróna les escribía una vez al mes, pero desde que se había hecho beata, no les había dirigido ni una sola carta.

Con la misma indiferencia había sabido la vuelta de su marido por una carta de éste. Como no le respondía hacía más de tres años, tampoco creyó necesario decirle que se alegraba de su regreso; porque Gertrudis no quería mentir, y la vuelta de su esposo le era, en realidad, del todo indiferente.

Esta ausencia completa de todo sentimiento, esta frialdad hacia todo lo que la rodeaba, habían impreso en el rostro de Gertrudis una expresión huraña y desagradable por demás; el amor es la

luz del alma, y cuando éste falta por completo, el alma queda á obscuras y el semblante también.

Cuando entró Mundeta acababan de levantar la mesa en que la señora de Miranda había comido un arroz muy mal sazonado y un pedazo de pescado cocido con un poco de aceite. Por efecto del inhumano tratamiento á que se había reducido, Gertrudis estaba en extremo flaca y descolorida. Sus ojos azules se habían hundido; sus cabellos, que aún eran hermosos y abundantes, estaban recogidos detrás de su cabeza; llevaba un vestido de estameña negra, sujeto con una correa á la cintura, y todo esto cubierto con un pañuelo de lana negro manchado y lleno de gotas de cera, que no había permitido limpiasen, porque decía doña Dámasa que aquello era humildad, y manifestaba además una edificante costumbre de ir á la iglesia.

Detrás de Gertrudis había en un velador un grueso rosario de vidrio azul engarzado en alambre, porque el que ella poseía de perlas y oro había sido arrinconado como prenda de peligrosa ostentación; con el rosario había en el velador una porción de libros de oraciones de varios tamaños.

Cuando Mundeta entró no pudo hacer otra cosa que saludar con la cabeza, porque Gertrudis tomó al instante la palabra.

—¿Qué se le ofrece á usted, señorita?—le preguntó con impaciencia.—¿Viene usted á darme

alguna queja de mis hijas? En ese caso, yo las reprenderé luego cuando vengan á verme; pero le suplico me evite lo posible estas desazones; he padecido mucho y sólo quiero pensar en Dios.

—No vengo á dar á usted ninguna queja de las señoritas, señora—respondió Mundeta con modestia y dignidad;—ellas son buenas, sobre todo para mí... Me aman..., y sólo tengo razones para elogiarlas.

—¿Qué es, pues, lo que la trae á usted aquí?—preguntó Gertrudis ásperamente;—hable usted pronto, porque tengo que rezar mis devociones.

—Es un asunto personal mío.

—Pues tome usted asiento y hable.

Mundeta se sentó y empezó de esta suerte, con voz balbuciente é insegura:

—Señora, he sido toda mi vida muy desgraciada; los días más tranquilos que he conocido en el mundo han sido los que he pasado en esta casa, donde también halló asilo mi pobre madre hasta que murió; ahora las señoritas ya no me necesitan: la una va á casarse; la otra saldrá siempre con su señor padre que va á volver, y ha concluído además su educación; por tanto, señora, mi misión en esta casa está terminada.

—¿Y quiere usted salir de ella?—preguntó Gertrudis con acento frío é indolente.

—Sí, señora—dijo Mundeta;—quiero salir de ella, pero no para irme á otra, sino para retirarme á un convento.

—¡A un convento! ¿Quiere usted, pues, ser religiosa?

—Lo deseo con toda mi alma.

—Pero ¿á qué tanta precipitación?—dijo Gertrudis, que temblaba ante la idea de perder aquella mujer que la descansaba de tan graves cuidados. —Espérese usted á que se case también María, que no tardará en hacerlo, y no sea usted egoísta é ingrata para con ella, cuando tanto la quiere.

—Yo también la quiero mucho, señora—repuso Mundeta con alguna entereza;—y no la dejo por ingratitud ó egoísmo, sino porque conozco el estado de mi alma, y me es absolutamente preciso tomar la determinación que he indicado á usted.

—Pues, hija mía—dijo Gertrudis, que ya se iba enfadando,—yo en este asunto me lavo las manos; haga usted lo que quiera, supuesto que es dueña de su voluntad, y váyase el día que guste.

—Yo creí, señora—repuso Mundeta con amargura,—que usted, tan fervorosa cristiana, me protegería para lograr mi resolución; que usted, tan caritativa, me abriría ese camino que conduce al cielo.

—¿Y qué quiere usted que yo haga? Tengo bastantes cuidados sobre mí, señorita, para ocuparme de los ajenos; además, ¿no tiene usted en mi cuñado Isidoro un tan celoso protector? Pues debe usted acudir á él en esta ocasión; en cuanto

á mí, me ha servido y la he pagado. ¿Qué más quiere usted, ó que más puedo hacer?

—Nada quiero ni nada más deseo, señora—dijo Mundeta;—Dios me ayudará para que yo vaya en su busca. En cuanto á usted, reciba mi despedida.

—Vaya usted con Dios—dijo grave y fríamente Gertrudis.—Puede usted cuando guste salir de mi casa; cuanto antes mejor, porque no quiero ingratos en ellas. Así, no espere ni á que llegue mi marido ni al casamiento de Elvira, para el cual no hace ninguna falta la presencia de usted.

Y Gertrudis tomó su rosario y se puso á rezar, volviendo la espalda al aya.

—¡Ah!—se dijo ésta,—¡qué mujer! ¡Y fué por no ofenderla por lo que Andrés huyó destrozando mi corazón! ¿Qué premio daréis, Dios mío, á los que así se sacrifican por su deber, y qué castigo á los que tan mal cumplen los suyos?

—Hágame usted el favor de enviarme á mis hijas—dijo Gertrudis en una pausa de su rezo, é interrumpiendo las reflexiones de Mundeta.

Ésta se inclinó en silencio y salió de la habitación.

V

UNA MADRE BEATA Y UNA HIJA MIMADA

María y Elvira entraron en el cuarto de su madre poco después de haberle dejado Mundeta; y Gertrudis, á pesar de haberlas mandado entrar, se sintió en extremo contrariada con su presencia, puesto que volvían á interrumpir sus rezos.

Tal era la inconsecuencia de su carácter, que ni se acordaba ya de que había hecho venir á las jóvenes.

—Buenas tardes, mamá—dijeron casi á un tiempo las dos hermanas al entrar, y María se acercó para dar un beso á su madre.

—Buenas tardes—respondió secamente Gertrudis.—Dime, Elvira, ¿has comido? ¿Te sigue la inapetencia?

—Va en aumento—respondió Elvira con mal humor.

—¡Ay, Dios, pues entonces llamad al médico! ¿Qué haces tú—prosiguió mirando iracunda á su hija mayor,—que al ver enferma á tu hermana no me avisas?

—¿Y para qué había de avisarte?—repuso Elvira.—No hay que culpar á mi hermana, pues ni ella ni nadie puede aliviarme. Lo que tiene la culpa de mi malestar es el no pisar la calle, el no hacer ejercicio, el no disfrutar de diversión ninguna.

—Calla, hija mía, que ahora vas á casarte y te divertirás cuanto quieras—dijo Gertrudis.—Y tú—añadió mirando á María,—vas á tener que encargarte de todos los cuidados de la casa, porque el aya se va.

—¡Se va!—repitió tristemente María;—¿conque está decidida?

—¿Y cuándo se va?—preguntó Elvira.

—¡Qué sé yo! Cuanto antes mejor; la gente así... de levante no está bien en casa. Conque lo que puede hacer es irse pronto con viento fresco.

—Yo tengo que preguntarte una cosa, mamá—dijo Elvira, con ese imperio de las niñas mimadas.

—¿Qué es lo que quieres preguntarme?

—¿Que cuándo se compran mis vestidos de boda?

—Cuando venga tu padre.

—¿Pero no viene con él Sebastián?

—Sí, por cierto.

—Pues bien, ¡yo quiero casarme al instante, y no me he de comprar las galas de novia después de casada!

—¿Y qué le haremos? ¡Yo no puedo salir!

—¿Por qué?

—Porque estoy delicada; no puedo andar por las tiendas, porque me mareo y me fatigo.

—¿Y cuándo llegan papá y Sebastián?

—¡Qué sé yo! Dice doña Dámasa que dentro de dos días deben llegar á Cádiz.

—No, pues yo no espero á que lleguen, mamá;

mañana voy á salir con mi tío y mi hermana á comprar algo... Al menos, algunos encajes... algún vestido...

—Haz lo que quieras—repuso Gertrudis;—te daré dinero y comprarás lo que te agrade. Tú, María, no olvides lo que te he dicho: esa mujer que se vaya lo más pronto posible; pero antes entérate bien de todos los pormenores de las compras y del gobierno de la casa; ya sabes que yo no estoy para nada.

María no replicó una palabra; pero su hermana exclamó impetuosamente:

—Pero, mamá, ¿no es doña Dámasa ama de gobierno? ¿Por qué no es ella la que se encarga de lo que quieres que haga mi hermana? ¿No es una vergüenza que ella se pase el día comiéndose los santos y que mi pobre hermana haga lo que debía hacer esa vieja antipática?

—¡Niña, niña! ¿Qué estás ahí diciendo?—exclamó escandalizada Gertrudis.—¡Esa anciana es una santa, una venerable mujer... y debes respetarla más!

—¡Bah, bah! Mamá, esa mujer es lo que se llama una holgazana, que te tiene sorbido el seso—dijo Elvira atrevidamente,—y que te engaña con sus rezos y sus fingidos ayunos. ¿Por qué eres tan tonta? ¡Si ella comerá cuando nadie la ve más que una docena! ¡No, á mí no me engaña con sus beaterías; y su suerte es que no se mete conmigo, que si no!...

—¡Todas esas cosas, todos esos malos pensamientos te los enseña, por fuerza, tu hermana!— exclamó indignada Gertrudis, y cediendo á esa propensión de las madres obcecadas que echan la culpa de todo al hijo á quien menos aman.

—No hay tal—repuso Elvira, mientras María, según su costumbre, callaba pacientemente;—mi hermana nada me ha dicho; ella es la misma bondad, y respeta cosas que no debía; pero vamos, mamá, sigue en tus rezos y buenas noches, que ya te hemos interrumpido bastante; mañana por la mañana envíame con Pepa el dinero que destinás á mis primeros gastos.

María se acercó para abrazar á su madre; pero ésta la rechazó y le dijo:

—Vete con tu hermana y dejadme ya tranquila.

Las dos jóvenes salieron, y Gertrudis volvió á sus rutinarios rezos.

VI

ESCENAS DE FAMILIA

Pasemos dos meses, lector mío, y vamos á casa de Elvira, que, unida ya á Sebastián, ocupa una hermosa casa en la calle de Alcalá.

Es una noche calurosa de Julio. La joven recién casada, envuelta en un peinador de delicada y transparente muselina blanca, está echada en un diván de seda color de rosa.

A su lado, su marido, sentado en una banqueta, procura convencerla de no sabemos qué, lo que parece muy difícil, á juzgar por el gesto desabrido de la joven.

Sebastián es lo que prometía su retrato: un hermoso joven, lánguido y melancólico, incapaz de poder luchar con la voluntad de hierro de su mujer; un ser noble, cariñoso, de exquisita delicadeza, de maneras suaves, dulces y distinguidas.

Vestía con elegancia, pero sin afeminación, y tenía asida una mano de Elvira, que besaba de cuando en cuando.

—¡Déjame!—dijo la joven con mal humor;—¡déjame, Sebastián, que estás pesado de veras! ¡Además de no acceder á lo que te pido, tengo que sufrirte, quiera ó no!

—Querida mía, yo deseo convencerte de que mi oposición á salir de Madrid no es un capricho—repuso Sebastián.—Alberto está muy malo, y la culpa la tienen las coqueterías de Celia..., de mi prima..., ¡que ojalá no hubiera venido!

—¿Y porque Celia esté jugando con Alberto lo he de pagar yo?—preguntó con enojo Elvira.—¡Vaya una razón que me convence! ¡Pasar aquí el verano, cuando ya no queda en Madrid una persona decente! ¡Ah! ¡Qué crueldad! ¡Y eso que me ofreciste llevarme á Biarritz!... ¡Si yo hubiera sabido que tan mal cumplías tus palabras, á buen seguro que no me hubiera casado contigo!

Sebastián oyó toda esta granizada con el sem-

blante descompuesto por una pena profunda; era aún un niño para tomar como debía las imprudentes quejas de su mujer. Un hombre de experiencia se hubiera reído de ellas; á Sebastián le traspasaron el alma.

—Elvira mía—le dijo con una voz sofocada por la emoción,—¡no te enfades así! ¡Yo quisiera complacerte... Yo no quisiera enfadarte!... ¡No sabes lo que sufro al verte descontenta!

—¡Lo conozco por las muestras!—respondió Elvira, sentándose bruscamente en el diván donde había estado recostada.

Sebastián iba sin duda á contestar que se haría lo que ella quisiera, cuando se abrió la puerta para dar paso á dos caballeros y á una joven.

Aquéllos eran Alvareda y Miranda; ésta era María.

Elvira se adelantó á recibir á su padre, á su hermana y á su tío con una verdadera alegría; el amor á la familia ejercía un gran imperio en aquella alma joven y tierna, á pesar de su áspera corteza; y sólo amaba menos á su madre, porque era justamente la persona que la había mimado más.

Hay caracteres á los cuales la suavidad extrema irrita, y un prudente rigor suaviza; de éstos era el de Elvira. Había aún en su alma muy poca fortaleza para ser agradecida; no había sufrido desengaños, y las fibras de su sensibilidad estaban embotadas por el excesivo cariño de que se había visto rodeada, por las muchas lisonjas que

había escuchado y por la continua condescendencia que de todos había obtenido.

El dolor debía encargarse de labrar el carácter y el corazón de Elvira, que era un rico diamante al que no había llegado aún la áspera rueda del lapidario.

El padre de las jóvenes, aquel Andrés que doce años antes había salido de España, hermoso, fuerte y lleno de esperanzas para el porvenir, había vuelto casi anciano y con el cabello blanco; tenía cincuenta y dos años, y aparentaba setenta; el dolor de la ausencia y los dolores de la llegada habían impreso en él el triste sello de la decrepitud.

Aún vivía en su pecho el recuerdo de Mundeta; su corazón era una hoguera cubierta de fría ceniza, pero que al removerla descubría fuego; mas aquella mujer, querida con tanto extremo, había sepultado en un claustro los hermosos restos de su malograda y triste juventud.

El día antes de la llegada de Miranda, Mundeta tomó el velo de religiosa en el convento del Sacramento, con el nombre de Sor Raimunda; el padre de Alberto la había dotado, y María y Elvira emplearon todos sus ahorros en los gastos de profesión y de equipo.

El lector quizá me acusará de haberle privado de la pintura de la profesión de Mundeta; pero ésta fué triste y solemne á la par; sólo asistieron á ella María y su tío, porque Elvira debía casarse

dos horas después y estaba ocupada en sus preparativos.

El casamiento no fué tampoco más digno de mencionarse que la profesión; las tres amonestaciones se redujeron á una, y ya estaban leídas desde el día anterior de llegar Miranda y Sebastián.

Así, pues, apenas se apearon y cambiaron de traje el padre y el novio salieron para la iglesia, acompañados de María, de Alvareda y de su hijo.

Gertrudis no quiso salir de su casa ni dejar sus rezos.

Un tapicero arregló durante el día la casa de los novios, y por la noche, acompañados de su padre, de su hermana, de su tío y de su primo, se instalaron en ella.

En los dos meses transcurridos, los caprichos y, fuerza es decirlo, el exquisito gusto de Elvira la habían transformado en una mansión deliciosa y llena de todos los refinamientos del lujo.

Elvira, que había fascinado á su joven é impresionable esposo, le había hecho prometerla que la llevaría á Biarritz y que llegarían hasta París, en la estación del verano; pero la circunstancia de encontrarse en Madrid á su prima la Condesa Celia, único pariente que le quedaba, le hacía desistir en cierto modo de su propósito, y creyó poder aplazar su viaje, cuando llegó Alberto, con quien le unió muy pronto una tierna y estrecha amistad.

Pero ¡ay!, el pobre Sebastián ignoraba que ya no tenía pensamiento propio, y que unido á Elvi-

ra, ella sola debía disponer de su suerte y de su voluntad.

Aquel carácter débil de sí; aquella naturaleza tierna y melancólica, era muy poco á propósito para resistir al carácter impetuoso, á la férrea voluntad de Elvira, de aquella niña mimada, hermosa como un ángel y que le subyugaba con una sonrisa.

Miranda se sentó junto á su hija; Sebastián se fué al lado de María, y Alvareda, á quien los años no habían robado su natural vivacidad y la turbulenta animación de su carácter, se puso á pasear por la estancia.

—¿Cómo estás, hija mía?—preguntó Andrés á su hija menor.

—Hoy mal, papá—respondió ésta, apoyando dengosamente su bella cabeza en el hombro de su padre.—Sebastián me ha mortificado mucho, y estoy muy atacada de los nervios.

—¡Sebastián!—exclamó cómicamente Alvareda, deteniendo su paseo y parándose delante del joven.—¿Conque tú mortificas á tu mujer? ¿Está eso bien hecho?

—¡Yo, tío!—respondió el pobre esposo todo confuso;—¡si no tengo más afán que complacerla!

—¡Sí, sí, complacermel—murmuró Elvira;—¡eso lo dices ahora delante de papá y del tío; pero cuando estamos solos es otra cosa!

—¡Hija mía, ten prudencia!—dijo Miranda á

media voz á su hija;—¡no ultrajes el amor propio de tu marido, que es muy bueno y te quiere con toda su alma! ¿En qué puede él ofenderte cuando estáis solos? ¿No ves que le acusas de una manera muy dura?

Esta afectuosa y grave reprensión arrancó lágrimas de los ojos de Elvira. Sebastián las vió, y apenas oyó lo que le decía María.

—Elvira—exclamó acercándose á su mujer,—si no te he complacido ya saliendo de Madrid y llevándote á Francia como te prometí, ya sabes el motivo; es porque el estado de Alberto me alarma; es porque espero poder vencer con mis ruegos la oposición de su padre á su matrimonio con mi prima, ó reprimir las coqueterías de ésta con mis reflexiones.

—Veo tan difícil lo uno como lo otro—respondió Alvareda con voz irritada y con aire sombrío;—he tolerado las locuras, las calaveradas de mi hijo, y hasta las he aplaudido: yo he sido tal vez más calavera que él; pero le veía libre, y yo era dichoso. Ahora quiere hacer la mayor, la más perjudicial de las locuras casándose con una mujer coqueta y sin corazón, y nunca le daré para ello mi consentimiento.

—Pero, Isidoro—dijo el padre de Elvira y de María,—reflexiona que puede, amparándose de la ley, casarse sin tu consentimiento.

—¡No lo hará!—repuso Alvareda con aire de profunda convicción.—Alberto sabe lo que vale

el amor de su padre, y no querrá perderle por una mujer que no es digna de él.

—¡Ay, tío, y la Condesa ensayará cada día nuevas coqueterías y le hará más infeliz!—exclamó Elvira, que aborrecía á la prima de su esposo, porque su alma era verdaderamente recta.

—Que se aparte de ella; que se case con otra, como yo se lo aconsejo.

Alvareda, al decir estas palabras, fijó los ojos en María, que, pálida y temblorosa, no levantaba los suyos del suelo.

Nadie empero respondió á sus palabras; cada uno conoció la razón de aquel padre irritado, y respetó su doloroso enojo.

—Y mamá, ¿cómo está?—preguntó Elvira á su hermana, deseando romper el silencio que reinaba.

—Está, como siempre, rezando—contestó Miranda por su hija;—yo pensé que echando de casa á la detestable doña Dámata ganaríamos algo; pero me equivoqué: lo mismo reza y ayuna y se pasa los días en la iglesia ahora que antes; y lo que lamento más que nada es que su salud va decayendo de día en día. Voy á llevarla á Barcelona, aunque siento mucho dejar ahora Madrid.

Elvira oyó con atención las últimas palabras de su padre; luego se levantó y se acercó á su marido.

—Sebastián—le dijo, pasándole un brazo alrededor del cuello,—¿quieres, ya que no consientes

en llevarme á Francia, que vayamos á Barcelona? Nos llevaremos á mamá, y así recobrará tal vez su salud.

—¡Ay, Dios mío, qué empeño tan fuerte de dejar Madrid!—exclamó Sebastián.

—¡Y tú, qué empeño en no dejarlo! ¿No te digo que es por llevarnos á mamá?

—Nos haréis en ello un singular favor—dijo Alvareda,—porque Andrés y yo andamos aquí tras de arreglar cierto asunto.

Isidoro y su cuñado miraron de nuevo y á la vez á María, y Sebastián respondió:

—Ya que ustedes lo desean, nada tengo que decir; partiremos cuando Elvira quiera.

—¡Entonces, mañana, mañana!—exclamó ésta saltando y batiendo palmas con entusiasmo;—vamos, María; vamos, Sebastián, á convencer á mamá.

Y la alegre joven asió las manos á su marido y á su hermana, y salió con ellos.

Isidoro y Andrés quedaron solos.

—Abandona sueños vanos—dijo el último al primero.—Tu hijo jamás podrá amar á María.

—¡Y yo te digo que los he de ver casados, y será! Cuando yo me empeño en una cosa...

—¡Es que yo no quiero ver á mi hija desgraciada!

—Ni yo tampoco, ¿estás? ¿Ó crees que yo no la quiero? ¡Aunque no sea más que por lo que la quería mi pobre mujer!...

La voz de Isidoro se ahogó aquí; la emoción le dominaba. En aquel momento se abrió la puerta, y un criado entró una carta en una bandejilla de plata, que entregó á Isidoro.

—¡Letra de Celia!—dijo, y tomando el billete le abrió presuroso; decía así:

«Padre egoísta, severo y cruel: te dejo libre á tu hijo; me he casado esta noche, si no enamorada, convencida, con una persona más noble, más rica y más hermosa que él; no dejo de ser Condesa, porque mi esposo es Conde también, y seré la Condesa de las Navas, mientras que casándome con él le hubiera dado grandes riquezas, y él sólo me hubiera dado á mí el plebeyo título de la señora de Alvareda.

»Guárdate, pues, á tu hijo, padre duro, terco y fastidioso, calavera jubilado, moralista por fuerza, viejo estafalaric; guárdatelo, y recibe la maldición de

CELIA, CONDESA DE LAS NAVAS.»

Isidoro dejó escapar un grito de alegría, y alargó á su cuñado el irónico é insolente billete de la Condesa.

—Mira—le dijo:—¡ya estamos libres de esa furia; ya está libre Alberto de sus manejos, de sus coqueterías! ¡Gracias á Dios, como decía mi pobre Luisa!

—No lo hubiera dicho en esta ocasión—repuso

Miranda, devolviendo á Isidoro la carta de la Condesa que había leído ya.

—¡Cómo no! ¿Por qué?

—¿Acaso dice Celia que se va de Madrid?

—¡No! Pero ¿y qué importa que se esté aquí, si está casada?

—Jamás hubiera creído tan cándido á un calavera viejo—dijo Andrés;—yo, que no lo he sido jamás, conozco mejor que tú el mundo y las mujeres.

—¿Y qué? ¿Piensas que ella volverá á sus mañas?

—¡Mucho me lo temo!

—¡Bah, pues yo no lo espero! Pero vamos á tu casa á ver en qué queda el viaje á Barcelona; tu hija Elvira tiene la cabeza dura, y saldrá de Madrid llevándose á su madre.

—Tiene un carácter que le hará muy desgraciada, y más á cuantos tenga en derredor suyo—dijo Andrés con tristeza; luego, bajando la voz, añadió:—yo pensé que aquel ángel podría volver blanda su dura condición.

—Pues yo no lo creí jamás; á ese atroz carácter sólo una cosa le labrará: el amor. Y á propósito, ¿la has visto?

—¿A quién?

—¡A ella! A Mundeta.

—¡No!—respondió sombríamente Andrés;—no ha querido recibirme.

—Mejor es así para los dos.

—Creo lo mismo—dijo Andrés, cuya agitación hacía un doloroso contraste con sus cabellos blancos.

Ambos se dirigieron á la puerta; pero al abrirla se precipitó en ella Elvira, que venía corriendo y seguida de cerca por su marido.

—¡Dice mamá que sí!—gritó, echándose en los brazos de su padre.—¡Mañana nos vamos á Barcelona! ¡Papá, mañana, mañana!

Andrés miró á su yerno, y éste hizo con la cabeza un signo de resignación, pero en el cual se advertía una profunda tristeza.

VII

DULCES RECUERDOS

Cuatro días después aún permanecían Elvira y su esposo en Madrid, pero no en su casa; se hallaban en la de los padres de aquélla, á consecuencia de una súbita enfermedad que se le había declarado á Gertrudis en las altas horas de la noche en que dió palabra de partir con su hija á Barcelona.

En la estancia de la enferma se hallaban varias personas, ó mejor dicho, se hallaba reunida toda la familia.

Elvira y Andrés ocupaban ambos lados de la cabecera del lecho en que yacía Gertrudis, pálida

y demacrada por sus ayunos, sus penitencias y mortificaciones.

¡Triste fanatismo, que siega una robusta y floreciente vida, como corta la siega las mazorcas de flores de los campos! ¡No, no eres tú un precepto del Dios de las misericordias! ¡No agradan á ese tierno Padre tus homicidas leyes! ¡Su ley es suave, es dulce como él, y no desea víctimas!

Andrés echaba de vez en cuando una mirada dolorosa sobre aquel cuerpo demacrado y aquel lívido semblante; al fin él había amado á aquella pobre mujer, que era la madre de sus hijos, de los cuales dos vivían ausentes de ella y no podían darle el postrer adiós.

Sebastián se hallaba sentado al lado de Isidoro; el joven se hallaba triste. Aquellos dos meses del tiránico y caprichoso dominio de su mujer; el alejamiento de su patria; la certeza de no ser amado de Elvira, á la que sin embargo adoraba él, todo esto le había conducido á un estado de melancolía alarmante.

El aspecto de la muerte, que se cernía sobre aquella alcoba, afectaba dolorosamente sus nervios delicados, y su cuerpo se estremecía con violentas sacudidas.

Era un niño que necesitaba una madre cariñosa y tierna, y sólo tenía á su lado otra niña que se complacía en martirizarle.

En fin, en un rincón de la estancia se hallaba Alberto al lado de María: ella lloraba; él

le había cogido una mano y la consolaba en voz baja.

Alberto había leído ya la carta que la Condesa escribiera á su padre, y la desesperación había extinguido por el pronto el amor que hacía tres años le devoraba.

Su vanidad herida, su amor propio ultrajado, le hacían aparecer sereno y tranquilo; y la vista de su prima, triste, llorosa, doliente, le hacía olvidar todo lo demás.

—Vamos, María, no llores—le decía.—¿Ya no me quieres? ¿Ya no te acuerdas de cuando yo te daba lección de leer; de aquella tarde en que te empeñaste en que te cogiese una rosa amarilla?

María sacó de su seno un medallón de oro encerrado entre dos cristales; á través de aquéllos se divisaba una rosa amarilla, seca ya, que ella mostró á su primo.

—¡Qué miro!—exclamó éste.—¿Es esa aquella rosa? ¿La has guardado? ¿Y por qué?

María bajó los ojos: dos lágrimas siguieron corriendo por sus mejillas ruborizadas; quiso hablar y no pudo.

Alberto guardó también silencio algunos instantes; alguna lucha interior tenía lugar en el alma de aquel hombre fuerte, porque Alberto, á quien me he olvidado de describir al presentarle de nuevo á mis lectores, era un hombre fuerte á los veintitrés años, si bien ya algo cansado de locuras, por su vida disipada en París.

Era alto y robusto, con grandes ojos negros y cabellos oscuros; un bigote castaño sombreaba su labio superior, encendido como el coral; su tez era pálida y trigueña, pero no marchita; magníficos bucles naturales guarnecían su frente ancha y serena, y en sus manos, en su traje, en su aire, se notaba la soltura y distinción de un hombre de buena sociedad y de elegantes maneras.

Él fué el primero que rompió el silencio.

—María—dijo,—yo pensé que te había querido siempre sólo como un hermano, pero hoy me persuado de que me equivocaba; la vista de esa flor ha hecho saltar de alegría mi corazón... Me acuerdo de la casita del jardín de la Florida, donde vivíamos al lado de mi buena madre; me acuerdo de aquel labrador con su anciana esposa, del perro, del gato, del pacífico hogar donde tantas horas jugábamos los dos, y me digo á mí mismo: yo podía ser dichoso con María en una casita como aquella, y allí podíamos ir los dos á recordar los días tranquilos y venturosos de nuestra niñez.

María calló: no hallaba nada que responder; lo que oía le parecía un sueño delicioso, porque la voz de Alberto vibraba armoniosa, haciéndole experimentar una dulce sensación interior.

—¿No me respondes, María?—prosiguió el joven.—¿Me querrás sólo como á un hermano? ¿No hay en ti más que el tibio sentimiento fraternal hacia mí? Bien sé que no merezco una respuesta halagüeña... Este amor que me pronosticaba mi

padre, este segundo amor de la cabeza, llegó, y ha hecho en mí terribles estragos... Pero mi corazón está sano, puro, y es tuyo; porque en medio de todas mis aventuras, en medio de mis arrebatos de celos provocados por esa mujer, en medio de todas mis conquistas y de todos mis desórdenes, tu blanca y serena imagen se me aparecía como una cándida y consoladora estrella, que era mía y que alumbraba las tinieblas de mi alma; hoy sé que te amo, y sé otra cosa: que necesito de tu amor para ser dichoso.

—Alberto—respondió María pasando su mano por la frente, como si quisiera separar la fascinación que se había apoderado de ella;—¡mi madre se muere... y no puedo ahora dar cabida en mi alma á otro pensamiento que al de mi dolor! Déjame que llore, y otro día... otro día te responderé...

—¿Y no me das, al menos, una esperanza, María?—dijo el joven á su prima.—¡Mira que padecerás menos teniendo un amor en el corazón!

—Sólo te diré algo de lo que he sentido en los años que has estado lejos de mí—dijo la joven con voz débil y quebrantada:—me he acordado muchas veces, todos los días, de la casita de mi tía... He rezado por ti todas las noches y mañanas, y he rehusado todas las proposiciones de casamiento y todas las declaraciones amorosas que se me han hecho.

—Y eso ¿por qué?—preguntó Alberto.

—¡Porque pensaba en ti!—respondió María, dejando caer su blanca mano entre las de su primo.

Después se levantó confusa y ruborizada, y corrió junto al lecho de su madre, que había caído en una crisis mortal.

.....

Al amanecer del día siguiente, Miranda, viudo ya, lloraba al lado del padre de Alberto; Elvira lloraba al lado de su marido; Alberto tenía entre sus manos las de María, y le decía en voz baja:

—Dentro de un año tú serás mía, y hasta entonces yo te consolaré.

FIN DE LA PARTE TERCERA

PARTE CUARTA

LA DICHA DE LA TIERRA

.....

¡Oh, vosotros para quienes la vida es una carga pesada! Yo quisiera que este libro pudiera ser para vuestra pobre alma lo que es al mediodía en el campo la sombra de un árbol, por ruin que sea, para aquel que ha trabajado toda la mañana á los ardientes rayos del sol.

.....

Después de los rigores del invierno, la Providencia nos envía una estación menos áspera, y el pájaro bendice en sus cantos la mano benéfica que le devuelve el calor y la abundancia, su compañera y su nido.

Esperad y amad; todo lo endulza la esperanza, todo lo allana el amor.

F. DE LAMENNAIS.

I

SEBASTIÁN

Era una de esas frías noches de Enero del año 186..., y se cantaba en el gran teatro del Liceo de Barcelona el *Atila*, esa sublime creación de Verdi.

El magnífico coliseo resplandecía de luz, de hermosos trajes y de diamantes; las damas catalanas son ricas y espléndidas, y tienen en lo general buen gusto. Había muchas jóvenes vestidas de